

proposiciones en el sentido de Jansenio cuando todavía no lo habían hecho. En cuanto á los cuatro consultores que defendían las proposiciones, solo dijo sobre la tercera el general de los agustinos lo que pensaba acerca de ella con respecto al sentido de Jansenio: el maestro del Sacro Palacio manifestó solamente su opinión acerca de la primera; y el comisario del Santo Oficio sobre la primera y la tercera. Al contrario, el P. Wading se explicó francamente sobre todas las proposiciones, disculpando casi en todo al obispo de Iprés. Este es en sustancia el estado de los votos, según se halla en el original de la sumaria que se hizo de ellos; pero está muy distante de parecerse á esto la relación que con arreglo á algunas copias de los votos dados primeramente imprimieron los jansenistas, ya por mala fe, ya por la precipitación de un falso celo, y la insertó Saint-Anaour en su Diario. Vizzani, asesor del Santo Oficio en 1657, cotejó este impreso con el original romano, y según la cuenta que dió en la congregación del día primero de junio acerca de la primera de las cinco proposiciones, por no hablar de las demás, se hallaron hasta seis de dichos votos, en que se habían omitido estas palabras: *En el sentido de Jansenio es errónea, ó herética, ó sapiens hæresim.*

Inocencio X empleó, desde el día 10 de marzo hasta el 7 de abril, diez sesiones para oír á los consultores; y estas diez juntas, celebradas en menos de un mes, por espacio de cuatro horas cada una, no le fatigaron ni aun parece le causaron ninguna molestia, aunque puso en ellas la mayor atención y tenía ya ochenta años. Instándole el embajador de Francia y su misma familia á que cuidase algo más de su salud, les respondió que se tendría por feliz si acabase la vida trabajando en un asunto de que dependía la paz de la Iglesia y la seguridad de la Religión. Al fin de estas sesiones mandó Inocencio á los cardenales en términos espresos, que viesen entre ellos en una junta parti-

cular que condena convendría observar con los diputados que estaban á favor de Jansenio y de las cinco proposiciones.

El día 21 de abril de 1651 los religiosos premonstratenses prohibieron, reunidos en capítulo, que se enseñase en su orden la doctrina de Jansenio, haciéndose en esto tanto más recomendables, cuanto que en ello se mantenían firmes contra el mal ejemplo de una parte de sus hermanos residentes en otros países y de los franceses sus compatriotas. Pero no miró su conducta bajo este aspecto el historiador de los jansenistas. «Era tan grande (1), dice, en aquel tiempo la ignorancia de los premonstratenses franceses como la ilustración de los de los Países-Bajos.» Pero todo el fundamento de este paralelo injurioso consiste en que muchos premonstratenses flamencos se habían declarado desde luego á favor de las nuevas opiniones. Entre los discípulos del nuevo Agustino, la habilidad depende del partido que se abraza. Así se ve que el mismo historiador dice de los religiosos capuchinos, que estos buenos Padres tenían más celo que instrucción; y que ni siquiera sabían de lo que se trataba cuando en su capítulo general, celebrado en Roma el año anterior, prohibieron á todos sus profesores y predicadores enseñar y sostener la doctrina de Jansenio, pena de privación de oficio. Por haber hecho los carmelitas descalzos la misma prohibición en un capítulo general, celebrado en Charenton el año 1646, y haberla confirmado también en capítulo en 1649, los llamaron unos buenos Padres del Viejo Testamento, poco instruidos en la gracia del Nuevo. Como en los mismos dos años hicieron igualmente los faldenses y confirmaron la misma prohibición, no causó esto ninguna sorpresa (dice el historiador, tan fecundo en injurias groseras, como en ironías insulsas), porque su P. José, teólogo verdaderamente estimable, era un semi-pelagiano enca-

(1) *Hist. de Jans. t. 1, p. 490.*

prichado, y tan apasionado por el molinismo, que solo veía en San Agustín á Molina. Pero de esta reclamación unánime de tantas órdenes diversas contra el Agustino flamenco, debemos antes bien inferir que la doctrina de este era muy nueva y muy escandalosa en la Iglesia.

Las aventuras del cardenal de Retz, el cual fué preso de orden del rey en la época de que tratamos, á saber, el día 19 de diciembre de 1652, están enlazadas con los asuntos generales de la Religión más de lo que atendida la frivolidad de ellas podría pensarse. No solo tomaron mucho interés la iglesia de París y la corte de Roma por la suerte de este prelado, singular cual ninguno, sino que los celadores afectados del Evangelio puro y de la moral severa, cosas que para él eran un juguete, aplaudieron su genio inquieto y revoltoso, sus facciones y sus arranques sediciosos, y aun algunas veces le acusaron de demasiada circunspección. Uniéronse estrechamente el partido llamado de la Fronde, ó de los malcontentos, y el jansenismo, ó sea el libertinaje y el rigorismo, pues para el cardenal de Retz eran una misma cosa.

Juan Francisco Pablo de Gondi había entrado en el estado eclesiástico, con las disposiciones que á él suelen llevar la mayor parte de los hijos de grandes, cuando estos no consultan, en punto á vocación, más que los intereses de sus familias. El arzobispado de la capital, que poseía su tío, incapaz también de dirigirle por el camino de la virtud, fué el único aliciente que tuvo para abrazar el estado eclesiástico. Sin embargo, como era naturalmente cómico, generoso y de carácter amable, ya que carecía de las virtudes propias de su estado, tomó un porte exterior que engañó al público, ó hizo que á lo menos se desentendiese de sus defectos. Se concilió el amor del pueblo con ciertas limosnas extraordinarias y hechas con arte: cautivó á los párrocos y á todos los eclesiásticos, tratándolos con grande afabilidad: adquirió la reputación de un Crisóstomo con

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

algunos sermones llenos de hojarasca y de frases campanudas, y parecía que todos olvidaban la casa donde iba á pasar la noche cuando de día le veían figurar como Padre de la Iglesia. Pero no duró mucho la satisfacción que le causó este género de celebridad.

Leyendo las obras de Plutarco, había formado el más alto concepto, como lo dice él mismo, de los gefes de partido (1). Los disturbios ocurridos en París el año 1648 le presentaron la ocasión de hacer este papel, y mostró que tenía el talento necesario para desempeñarle bien. Fueron obra suya las barricadas que dieron motivo á la guerra civil. Amotinado el Parlamento, dió decretos y más decretos contra el cardenal Mazzarino que estaba reñido con el ausiliar. Este ministro, que todo lo podía, llegó al extremo de no hallar seguridad para su propia persona en el reino de Francia; pero no tardó en desquitarse el astuto siciliano. El ausiliar andaba por París acompañado de trescientos ó cuatrocientos nobles, y de igual número de gente armada del pueblo. Se le hicieron proposiciones muy lisongeras, se le nombró cardenal, se disiparon sus recelos, se logró que pasase al Louvre, y el capitán de las guardias del cuartel le prendió en la antecámara del rey, el cual mandó que le encerrasen en Vincennes. Desde entonces quedó tranquilo París, porque ya no tenían jefe los del partido de la Fronde contrario al ministro, y volvió á manifestarse el siciliano Mazzarino con toda la ostentación de su poder.

El cabildo de la iglesia de Nuestra Señora, que estaba enteramente á las órdenes del ausiliar, pidió desde luego que se le formase causa ó se le pusiese en libertad; y como el gobierno tardaba en responder, tomó el partido de cantar todos los días una antifona pública por la libertad del preso; pero á vista de que el pueblo se estaba quieto, no tardó en resfriarse la devoción. Mas cuidado dió el descontento de

(1) *Mem. del card. de Retz. t. 1, p. 238.*

Roma, porque se pretendía en aquella capital que era propio y privativo de la Santa Sede el juzgar á los cardenales. Esto ofendió á la corte de Francia en tales términos, que ni aun quiso dar audiencia á un legado que envió el Papa para tratar con ella. Entonces tomó Su Santidad el prudente partido de usar de la mayor moderacion; pero la muerte del arzobispo de París, á quien de derecho iba á suceder su sobrino el ausiliar, puso á la corte de Francia en nuevas inquietudes y cuidados.

Hizo esta al preso la propuesta de que renunciase, en cambio de seis abadías considerables, y que se retirase á Roma. Aceptó sin deliberar, persuadido de la insuficiencia de un papel firmado en la torre de Vincennes, y se convino en que desde allí se le trasladaría á Nantes, hasta que el Papa aceptase su dimision. Pero el Papa no quiso jamás aceptarla, por mas instancias que se le hicieron, aun por parte del cardenal, que en la realidad estaba resuelto á revocarla luego que se viese libre. Entretanto se cansó de cárcel, y formó el designio de salir de ella á toda costa. Por medio de una cuerda y de un palo atravesado entre las piernas bajó de un baluarte que tenia cuarenta pies de alto, y se le llevaron en un caballo cuatro caballeros que le estaban esperando. Su proyecto, acordado con los amigos mas seguros que tenia en el parlamento, era ir volando á Paris para escitar allí una sublevacion general; y con cuarenta tiros que estaban dispuestos en el camino hubiera llegado antes que se hubiese oido hablar de su fuga, si no le hubiese detenido su misma precipitacion. Aun no habia salido de los arrabales, cuando cayó del caballo y se rompió las costillas. Con mucho trabajo llegó á Mauve, distante tres leguas de Nantes, para pasar allí la noche, en la cual, conociendo que no se hallaba en estado de ir á ponerse á la cabeza de una faccion, varió todo su plan. Quinientos caballeros que se habian reunido de los Estados del duque de Retz y del duque de Brissac,

le llevaron hasta Marchecou, cabeza de partido del ducado de Retz, desde donde pasó á Belle-Isle, y en seguida á San Sebastian, en Guipuzcoa. Sin embargo, tuvo la delicadeza de no querer ir á Madrid, por escrúpulo de refugiarse entre los enemigos extranjeros del reino, cuando no respiraba mas que rebelion y guerra civil, y aun en el camino se valió de todos los medios posibles para mover á la nobleza de Anjou y de Poitou á tomar las armas á favor del principe de Condé que estaba entre los españoles. Al fin resolvió embarcarse y pasar á Roma. Luego que el cabildo de Paris tuvo noticia de la evasion, cantó el *Te Deum* en accion de gracias.

Desde Roma escribió el cardenal fugitivo á este cabildo y á los obispos de Francia cartas justificativas de su conducta; pero en semejantes materias toda justificacion se mira como un nuevo delito que agrava al primero. Particularmente la carta circular que dirigia á los obispos del reino, se tuvo por un libelo dirigido á perturbar la quietud del Estado, y como tal se quemó en la plaza pública por mano del verdugo. Esta carta, segun las memorias de Joly, autor nada sospechoso, que fué por mucho tiempo consejero de aquel prelado, fué obra de los novadores de Port-Royal, los que, suponiendo que el cardenal era favorable á sus opiniones, se le mostraban vivamente apasionados, aunque, á decir del mismo escritor, no habia hombre que hiciese menos caso que él de la Religion. Segun otras Memorias, Rancé, que luego fué el reformador de la Trapa, pero que entonces estaba unido á la faccion del cardenal, y era grande amigo de los principales jansenistas, le prestaba su pluma cuando se trataba de escribir contra el primer ministro (1). Chassebras, cura párroco de la Magdalena, á quien habia nombrado vicario general con motivo del jubileo,

(1) *Motivos de la conversion del abad de la Trapa.*

publicaba por su parte muchos edictos y moniciones que se le remitian de Port-Royal siempre en nombre del arzobispo residente en Roma, teniendo á la mano para imitar la firma á Le-Houx, rector del colegio de Grassins, hombre de baja esfera, pero famoso por la destreza en falsificar que poseia en sumo grado. Todo era sacrificado á las ventajas de los frondistas y de los jansenistas. Abusó tanto Chassebras de estos medios fraudulentos, que al fin se le condenó por sentencia del Chatelet de 27 de setiembre de 1655 á destierro perpetuo, se confiscaron sus bienes y se declararon vacantes sus beneficios.

Luego que vió la corte que el arzobispo creaba vicarios generales, pidió al Papa jueces que inmediatamente formasen causa al prelado desertor. No pudo verificarse esto, porque exigia el Pontífice que el arzobispo fuese restituído á su dignidad antes de nombrarle jueces, en lo cual no queria entrar la corte de Francia. Lo que hizo Su Santidad fué nombrar por vicario general, segun lo habia pedido aquel gobierno, á uno de los seis sugetos elegidos por el cardenal Mazarino. El arzobispo lo consintió al principio, porque sus amigos le escribieron que por aquel medio se reconocia su autoridad; pero no tardó en revocar su consentimiento. Esta conducta fraudulenta ofendió mucho al Padre Santo, con cuyo motivo llamó al cardenal que estaba tomando las aguas minerales en San Casiano. No dudó el prelado que si volvía á Roma habian de prenderle, y el temor de no poder salir con tanta felicidad del castillo de Sant-Angelo como del fuerte de Nantes, le movió á tomar la fuga y á buscar su seguridad al otro lado de los Alpes (1656). Habiendo llegado al Franco-Condado, le aconsejaron los españoles y sus confidentes que fuese á Flandes á unirse y ponerse de acuerdo con el principe de Condé; pero aquel valenton, que en todos sus escritos se pinta como un César, mostró un miedo y pavor tan grande, que se asustaba de su propia sombra.

No se atrevia á pasar á Flandes temiendo que le hiciesen causa en Francia como á enemigo del Estado, ni tenia valor para volver á presentarse en el reino, donde á la primera noticia de su fuga de Roma habia hecho publicar el cardenal Mazarino unas órdenes muy rigurosas para que nadie le ocultase. Tomó, pues, el partido de mudarse el nombre, y que ejecutasen lo mismo todos sus familiares, y de andar errante de ciudad en ciudad, y él de distraerse de sus pesares abandonándose á todo género de placeres. Sin embargo, recibió aviso de que la corte hacia observar sus pasos y que corria peligro de ser preso, lo que le obligó á pasar de incógnito todo el invierno en Constantza. Recorrió despues una parte de la Alemania; pero una indisposicion, fruto de su incontinencia y libertinage, le precisó á esconderse por algun tiempo. Curado, mas no corregido, tornó otra vez á presentarse en publico y á escandalizar como antes. Abriéndole su larga peluca y sus emperifollados vestidos las casas cercadas á la púrpura romana, se le hacia llevar la pérdida de los honores, sustituidos con la disolucion. Si sus conquistas eran menos brillantes que en Roma, donde llegó á querer persuadir que una reina estaba perdidamente enamorada de él, se consolaba al menos con la facilidad de saciar sus gustos mas viles y depravados y sus desenfrenadas inclinaciones. Ruborizábanse sus amigos de un libertinage tan ignominioso, y hubieran deseado que mostrase sentimientos mas elevados, ó por lo menos mas valor. Deseaban los jansenistas que pusiese un entredicho general en su diócesis, para escitar en los ánimos una fermentacion que obligase á la corte á portarse con menos severidad. Tambien tenemos aqui por garante á su fiel Joly (1). Segun este autor, que le trató tan de cerca, le enviaron un tal San-Gilles para proponerle que hiciese causa comun con ellos, ofreciéndole su influjo, su bolsillo y

(1) *Mem. de Joly.*

todas las facultades de sus amigos, con tal que quisiese tomar una providencia ruidosa, la cual le pintaban como necesaria para conseguir que cediese el gobierno. Pero aunque el cardenal era muy poco reflexivo, lo pensó entonces mucho mejor, mirando este paso como desesperado y que seria un obstáculo insuperable para su reconciliacion con la corte, y que solo podia ser útil á unos novadores, cuyo único recurso eran las turbulencias y los desórdenes públicos.

Por último, tomó la resolucion de enviar al rey la renuncia pura y sencilla de su arzobispado (1662); despues de lo cual se le permitió volver á Paris, se le entregaron considerables cantidades de dinero, procedentes del secuestro de sus beneficios, y se añadió á estos la rica abadía de San Dionisio, con otra de menos valor para que pudiese vivir con decencia y pagar sus deudas, que eran inmensas, de las cuales asegura Joly haber pagado el prelado hasta por valor de tres millones. Parece que aquel hombre frívolo conoció entonces que los honores que habia conseguido no merecian lo que le habia costado llegar á obtenerlos. Reducido despues de tantas agitaciones y disturbios á una vida pacífica, con un corto número de amigos, señaló los últimos años de una vida hasta allí poco cristiana, con todos los ejercicios y aun con la delicadeza de una virtud episcopal. Pidió permiso al rey para enviar á Roma el capelo; y el Sumo Pontífice, á instancias del rey, le mandó que le conservase. Pero no fué posible hacerle desistir del empeño en que entró de retirarse á una de sus abadías, para meditar allí despacio las grandes verdades del cristianismo, que hasta entonces habian sido tan nuevas para él. Este paso causó no poca sorpresa, al menos por su singularidad, y pareció admirable á un número tanto mayor de personas, cuanto que como ya Retz no hacia envidiosos, tampoco tenia enemigos. Así la maledicencia no le atacó públicamente; pero lo que la mayor parte ponderaban como

un triunfo de la gracia, pareció á otros un refinamiento de amor propio. Hé ahí en lo que vino á parar toda la celebridad que habia adquirido el cardenal de Retz abandonando las obligaciones y los miramientos propios de su estado. Todo el favor de una secta hábil en colorear ó disculpar ventajosamente su conducta, no ha podido impedir que los observadores juiciosos le coloquen para siempre entre los genios romancescos y falsos que solo mueven á risa ó á compasion.

Muy abatida debia de estar la secta cuando recurria á semejantes medios de diversion. En efecto, continuaba Roma con actividad el examen de la doctrina jansenistica, pero concedia á sus defensores completa libertad para justificarla canónicamente, si era posible. Congregados los cardenales el dia 18 de abril de 1653, fueron de parecer que el Sumo Pontífice les ofreciese todavia una audiencia pública en presencia de los comisionados y de los consultores. El número de sus agentes, que habian ido saliendo de Francia unos despues de otros, estaba entonces completo. En reemplazo del doctor Brouse, que á los pocos meses habia tenido que volverse, habian sido enviados el doctor Menessier y el P. Desmares, que habia sido oratoriano. Hicieron nuevas instancias al Padre Santo para que estableciese una congregacion en que pudiese tratarse el asunto contradictoriamente, esto es, en que pudiesen ellos disputar con los diputados católicos, á quienes daban el nombre de parte contraria. El Papa respondió en pocas palabras, que era inútil insistir en una cosa que tenia ya arreglada de distinto modo; que no se trataba de un pleito en que hubiese partes, y que los otros diputados no habian tomado jamás esta denominacion, así como tampoco pedian que se les oyese en juicio contradictorio: que para restituir la paz á la Iglesia habia un camino mejor que el de las disputas, las cuales son interminables: que viesen si querian ó no ser oidos sin partes ni disputas; y que en el pri-

mer caso les daba palabra de admitir sus escritos, y de oírlos con paciencia todo el tiempo que quisiesen. Por último, despues de alguna resistencia, se conformaron con la resolucion invariable del Pontífice, y se les dió audiencia el dia 19 de mayo.

El abad De la Lane, que fué el primero que habló, hizo una arenga estudiada que duró tres cuartos de hora, y tenia por objeto mostrar que todo el asunto de las cinco proposiciones habia sido inventado para destruir la doctriua y la autoridad de San Agustin. Supuso que los jesuitas y los diputados de los ochenta y cinco obispos eran los autores de este designio, y aseguró al Papa, segun la espresion de Saint-Amour (1), que habian tratado de este punto de religion sin pudor y sin fé. Despues de haber tomado aliento, dió principio á otro discurso de repente, que duró cerca de dos horas. En él dió al Papa una idea general de cinco escritos nuevos que tenia que presentar, y leyó desde la primera palabra hasta la última el famoso escrito de tres columnas que era uno de los cinco (2). La primera columna contenia el sentido que los mismos jansenistas reconocian como herético en las cinco proposiciones; la segunda, el sentido que ellos daban á cada proposicion; y en la tercera indicaban ellos un sentido opuesto al suyo y le atribuian á los molinistas.

Luego que acabó De la Lane, tomó la palabra el P. Desmares, que era orador agradable, y pronunció un discurso cuyo objeto era mostrar que la gracia eficaz por sí misma, es decir, que siempre hace obrar y querer, es necesaria para toda obra buena, y que cualquiera otra gracia no es la gracia de Jesucristo, sino una gracia pelagiana. Por aquí se puede juzgar si los católicos calumnian á los secuaces de Jansenio cuando les echan en cara que no admiten la gracia suficiente; y si los

jansenistas, cualquiera que sea el nombre que tomen, ó los términos en que se espliquen, proceden con sinceridad cuando procuran persuadir que la admiten. Concluido el discurso del P. Desmares, que duró hora y media, levantó el Papa la sesion, porque ya era de noche; mas antes de retirarse los diputados le presentaron los cinco escritos ya mencionados, de los cuales el mas importante, segun ellos, era el de las tres columnas.

Instruido el Papa del modo de pensar de los jansenistas, mandó que se preguntase á los diputados católicos si deseaban que tambien á ellos se les volviese á oír otra vez; pero declararon que habiendo manifestado ya su creencia y la de sus delegantes, nada tenian ya que decir: con lo que el Pontífice no pensó mas que en formar su decision, y dispuso que se volviesen á hacer rogativas en las iglesias de Roma. Entre varios proyectos de bula que se le presentaron, eligió el que habian formado de comun acuerdo el cardenal Chigi y el secretario Albizzi, á quienes habia manifestado sus ideas; pero quiso tambien dictarles por sí mismo, palabra por palabra, la censura de cada una de las cinco proposiciones. Llamó despues á los cardenales comisionados, para comunicársela y tomar su dictamen; y además consultó á todos los cardenales versados en estas materias, obligándolos, pena de excomunion, á un profundo silencio.

En fin, á 31 de mayo del año 1653, vigilia de Pentecostés, y despues de las primeras visperas, volvieron á presentar la bula al Sumo Pontífice, quien la dió su última sancion, y los cuatro notarios del Santo Oficio sacaron inmediatamente cuatro copias. El dia mismo de Pentecostés se la dió la forma de bula plúmbea, segun se acostumbra, y á los ocho dias se fijó en la iglesia de San Pedro y en el campo de Flora, que es el parage mas concurrido de Roma, y está consagrado por el uso á la publicacion solemne de los decretos pontificios. Estuvo algun tiempo de centinela un alguacil

(1) *Diav. de S. Am. p. 466.*(2) *Id. p. 468.*